

Prefacio a una tesis.

Prefacio a *Jacques Lacan*, obra de Anika Rifflet-Lemaire
publicada en Bruselas en 1970.¹

JACQUES LACAN

³⁹³Hace unos trece años, hablando con dos de esas personas que llaman nulidades – lo cual, en la opinión estudiantil al menos, sólo acredita más aún su título para ocupar la plaza de profesor–, les decía: “No olviden que algún día propondrán como tema para una tesis lo que ahora estoy escribiendo”.²

Como si me impulsase un deseo de que se enterasen de eso: con lo cual verificaría si el cero tiene alguna idea del lugar que le da su importancia.

Pues llegó el día. No les llegó a ellos, sólo a mí: me he convertido en tema de tesis debido a mis *Escritos*.ⁱ

Que se deba a la elección de una persona joven no es una novedad. Para mi sorpresa, mi discurso de Roma, diez años después de su publicación, suscitó la aventura de un intelectual que emergía de un túnel de trampero en una universidad estadounidense.ⁱⁱ

Sabemos que para hacer verano hace falta una segunda golondrina. Por lo tanto, es única en este lugar, aunque haya varias en él. Una sonrisa se multiplica cuando es la de una persona joven.

Anthony, Anika, una Antonella que me traduce al italiano: ¿qué signo de un viento nuevo insiste en estas iniciales?

Que me perdone, por lo tanto, aquélla de la que me valgo para designar lo que ella borra al mostrarlo.³

¹ [“Préface a une thèse”, en Anika Rifflet-Lemaire, *Jacques Lacan* (Bruselas : Charles Dessart, 1970), 9-20; reeditado en *Autres Écrits* (París : Le Seuil, 2001), 393-402. La paginación corresponde a esta última edición. Traducción de Agustín Kripper.]

² Nota del autor: aquí no se trata de S. Leclair y de J. Laplanche, a quienes me referiré luego.

³ Que aquí se me entienda: al mostrarlo como corresponde.

Mis *Escritos* no sirven para una tesis, universitaria en especial: antitéticos por naturaleza, ya que lo que formulan sólo cabe tomarlo o dejarlo.

Cada uno de ellos no es, en apariencia, más que el memorial de un rechazo de mi discurso por parte del público que él incluía: en sentido estricto, los psicoanalistas.

³⁹⁴Pero justamente, al incluirlos sin retenerlos, cada uno de ellos demuestra en un nuevo aspecto que no hay saber sin discurso.

Porque lo que ese saber sería –o sea, el inconsciente que uno imagina– es refutado por el inconsciente tal cual es: un saber puesto en posición de verdad –lo cual sólo se concibe en una estructura discursiva–.

Es un discurso impensable, porque sólo puede ser sostenido si uno es eyectado de él. Sin embargo, es perfectamente enseñable en base a un medio-decir: esto es, la técnica que tiene en cuenta que la verdad siempre se dice a medias. Esto supone que el psicoanalista siempre se manifiesta mediante un discurso asintomático, lo cual, en efecto, es lo mínimo que puede esperarse de él.

A decir verdad, este imposible es el fundamento de su real. De un real desde el cual puede juzgarse la consistencia de los discursos donde la verdad cojea, precisamente porque cojea abiertamente, a diferencia de la inanidad del discurso del saber, que al afirmarse con su cierre, hace mentir a los otros.

Sin duda, ésta es la operación que el discurso universitario practica cuando convierte en una tesis esa ficción que denomina un autor, o hace lo mismo con la historia del pensamiento, o con alguna otra cosa que se reviste con el título de progreso.

Resulta siempre falaz ilustrar con un ejemplo una incompatibilidad de este género.

Está claro que ella concierne a lo que es pertinente del alumno.

Podría hacer un contraste y decir que en 1960 de mis dos L [alas] sólo batía una, ya que una de ellas era de las que no se toman sin universo.ⁱⁱⁱ Me refiero aquí al liquen que les unifica el bosque, cuando tiene que taparles el árbol.

En esa fecha, me proponía únicamente hacer oír mi enseñanza, la cual se enunciaba desde la sede más eminente de la psiquiatría francesa, una vez por semana desde hacía siete años, en una clase inédita, dirigida ex profeso a sus destinatarios, los psiquiatras y los psicoanalistas, quienes, no obstante, hacían caso omiso de ella.

Este fenómeno singular es producto de segregaciones, que son efectos discursivos ahí al igual que en todas partes, pero que, como interfieren en el campo concreto, estatuyen en él promulgaciones diferentes en origen y fecha.

En primer lugar, la segregación de la psiquiatría en la Facultad de Medicina, donde la estructura universitaria despliega sus afinidades con el régimen patronal. Esta segregación se ampara en el hecho de que la psiquiatría también está al servicio ³⁹⁵ de la segregación social. El resultado es que la psiquiatría designa un cuarto de huéspedes generosamente sufragado por los fondos de la Universidad, en la medida en que los que tienen derecho a esta vivienda se ven expulsados al gueto, llamado en otro tiempo, no sin justeza, “de asilo”.

Un lugar así es el terreno abonado para las empresas civilizadoras donde se establece la arbitrariedad (en este caso, la de nuestro amigo Henri Ey).

Ahí puede sobrevenir un *diktat* liberal, como en todas partes donde lo arbitrario sirve de fractura entre dominios necesitados.

Así pues, de ningún otro favor, de ningún progreso dialéctico procede lo que me llega por Bonneval, feudo de Henri Ey, a mi campo.

Si se mira bien, el hábitat que el campo del psicoanalista encontró en la psiquiatría se justifica mucho mejor por una configuración política que por una conexión de tipo práctica. Fue dirigido a él por su antipatía por el discurso universitario, antipatía que no porque haya recibido su explicación de mi enseñanza deja de tener eficacia cuando, convertida en síntoma, se traduce en instituciones que transmiten beneficios secundarios.

Con respecto a la articulación segregadora de la institución psicoanalítica, bastará recordar que el privilegio de ingresar en ella en la posguerra se medía por la circunstancia de que *todos* los analistas de Europa Central hubiesen emigrado a los países atlánticos los años anteriores –y de ahí se iban a la hornada, que acaso debería ser contenida por un *numerus clausus*, que era anunciada por una invasión rusa previsible–.

Lo que siguió luego es una secuela mantenida por la dominación establecida del discurso universitario en la URSS y por su antipatía⁴ por el discurso sectario, que, en cambio, florece en los Estados Unidos, dado que este país fue fundado por él.

El juego sintomático explica el prodigio de que cierta Ipepée [IPP] pudiese prohibir de forma efectiva el acceso a mi seminario a todos aquéllos en su obediencia que

⁴ El rechazo de la segregación está naturalmente en la base del campo de concentración.

tuviesen menos de cincuenta años, y ver este decreto confirmado por la grey estudiantil hasta en la “sala de guardia” situada a cuatrocientos pasos de la clínica universitaria (cf. el cuarto de huéspedes) donde yo hablaba a la hora del almuerzo.

Que la moda actual no se crea menos gregaria. Ella no es más que una forma metabólica del poder creciente de la Universidad, que ³⁹⁶también me alberga en sus claustros. El discurso de la Universidad es desegregador, aunque transmita el discurso del amo, ya que sólo lo releva liberándolo de su verdad. Cree que la Ciencia garantiza el éxito de este proyecto. Insoluble.

Que nadie subestime, empero, la autonomía de este discurso invocando su dependencia presupuestaria. Así no se ajustan las cuentas con nadie. Lo que ahí está desgarrado sólo puede detectarse a partir de otro discurso, con el que se revelen sus costuras.

Resulta más accesible demostrar la incapacidad del discurso universitario para retornar a ese discurso que lo remienda, un procedimiento equivalente.

Los dos derroteros se confunden cuando ocurre que en su interior se hace sentir algo del discurso que él reprime, y con tanta más seguridad cuanto que no está asegurado en ningún lado. Tal fue la prueba un día de Politzer, que a su calidad de marxista agregaba la de ser un alma sensible.

Al reabrir la edición de bolsillo en la que esta *Crítica de los fundamentos de la psicología* vuelve a publicarse, contra toda verosimilitud del consentimiento de su autor, sorprenden las fórmulas con las que pregunta “si los pensamientos abandonados a sí mismos siguen siendo todavía actos del ‘yo’”. A lo que responde, guiado por el mismo ímpetu: “Es imposible” (páginas 143 del utensilio).^{iv}

“La conciencia percibe los deseos inconscientes..., pero en ningún momento interviene una actividad en primera persona, *un acto que tenga forma humana* (las cursivas son del autor) y que implique al ‘yo’. Pero ocurre que este deseo se encuentra sometido a transformaciones que no son más actos del ‘yo’... Los sistemas demasiado autónomos quiebran la continuidad del ‘yo’ y el automatismo de los procesos de transformación y de elaboración excluye su actividad” (página 151).

Véase adónde va a parar la supuesta crítica: a la exigencia de los postulados considerados como los más retrógrados incluso ahí donde persisten –a saber, en la psicología universitaria– sólo porque siguen siendo fundamentales para ella, quiéralo o no.

No voy a recurrir al autor, del que el discurso universitario procedería, para explicar cómo, al promover justamente el “relato” como aquello mismo que delimita la experiencia analítica, surge como un fantasma por no haber mirado bien ahí.^v

Situare el fracaso escandaloso de esta crítica en el nominalismo esencial a la Universidad moderna, es decir, ³⁹⁷aquella con la que se ahúma el capitalismo. Ahí radica el discurso en el que uno sólo puede quedar atrapado cada vez más, incluso, y sobre todo, si uno lo maldice. (Operación bien cómica a posteriori).^{vi}

Mis L salen adelante con un abanicazo con el que expulsan a esta “primera persona” del inconsciente. Bien saben cómo yo, para complacerlos, “entitu-lo” este inconsciente.^{vii} Sería mejor, nos dicen, embutirlo “en persona”.

Sin embargo, hubieran podido recordar que le hago decir a la verdad “Yo hablo”, y que si enuncio que todo discurso es emitido desde algún lugar a condición de ser ahí el retorno del mensaje de forma invertida, no es para decir que la verdad que Otro reverbera de este modo tenga cercanía con ese Otro.^{viii}

A Politzer le hubiera propuesto la imagen del Yo innumerable, definido exclusivamente por la única relación con la unidad que es la recurrencia. ¿Quién sabe? Lo hubiera remitido al transfinito.

Pero lo que importa no son estas chanzas. Lo que debía sorprender a mis dos L era que yo hubiese omitido –y con razón, como se ve– una referencia que sólo subrayan con el propósito de hacer reverencia a las únicas personas a las que eso concierne, las que nada tienen que ver con el psicoanálisis.

Marxismo del CNRS o fenomenología de las formas, la hostilidad (de especie) o la amistad (de coyuntura) que estas posiciones muestran hacia el único discurso en cuestión obtienen de este modo la eficiencia por la que ahí se les llama: neutralizados, se volverán neutralizadores.

Para quienes un discurso, inaudito para ellos porque lo pasan en silencio hace ya siete años, afecta la actitud llamada de paraguas caído, despunta la idea de que no tienen otra cosa que restituir sino el paraguas filosófico que mucho bien haga a los otros.

Después de todo, si resulta exportable, hay que aprovechar la ocasión para ahorrar divisas de curso legal en el *Alma Mater*.

Esto bien se ve cuando el informe sobre el inconsciente se coloca en el mercado paralelo, coronado muy acertadamente por *Los tiempos modernos*.^{ix}

El mercado común profesional refina su sensibilidad.

¿En qué se convertirá el inconsciente ahí dentro?

Con fines propedéuticos, limitémonos a lo que del aparato del significante lo articula. Podría decirse que no hice otra cosa al presentar “Signorelli” (¡como la entrada del olvido en el ³⁹⁸discurso!) a la Sociedad de Filosofía. Pero esto se debía al contexto: el prejuicio sustancialista, del que el inconsciente forzosamente debía estar afectado, provenía de una intimidación que debía ser producida por lo aplastante de su materia de lenguaje, cuando no de un desconcierto que debe sostenerse dejándolo en suspenso.

Aquí se trata de gente (al menos si uno quiere dirigirse, sin contemporizar con terceros, a los interlocutores válidos) cuyo mito se halla acreditado por una práctica. Al igual que ocurre en toda fe, lo fabuloso se arma ahí con lo sólido. Eso rezuma el yo fuerte por todas partes, y la agresividad a secar; pasemos por alto la suprema de lo genital, que ya es cosa de la alta cocina.^x

Limitarse a lo que fijé con un algoritmo adecuado para escribir la relación de la metáfora como estructura significante con el retorno (fehaciente hecho de significante) de lo reprimido, no tiene más valor que el de extracto de una edificación cuyo plano al menos podría indicarse.

El terreno mental del lector de hoy, digamos el joven, ha sido barrido por los efectos de convergencia del discurso al que contribuí, no sin que la cuestión de la distancia requerida para los efectos máximos me haya desconcertado antes que meditase sobre ella. Ya no puede tener idea de lo inaudibles que eran no hace muchos años mis palabras, que hoy se difunden por todas partes. Acaso todavía entre los médicos aún no “balintados” pueda medir hasta qué punto es viable ignorar por completo el inconsciente, lo que para él (para él, inmenso, y gracias a mí, pobre) ahora quiere decir: ignorar el inconsciente, es decir, el discurso.^{xi}

Percibo bien el embarazo de mis dos L para abordar a esta logia. No creo que esto baste para que abandonen por una decisión libre cualquier apelación al grafo que fue construido para ellos en mi seminario sobre las formaciones del inconsciente (1957-58).

Ese aparato con el que se figura... (sabe Dios que es un riesgo), donde se figura la apalabra (acójase el equívoco de este vocablo-monstruo) que se hace del Otro (llamado Gran Otro), cesto perforado, para que el básquet del deseo se enganche de sus cuatro esquinas y sea contraído en forma de fantasía por el *a*, pelota-objeto.^{xii} Es sorprendente que la confección de ese aparato riguroso no haya vuelto secundarias o dado por resueltas las discusiones inútiles sobre la doble inscripción, ya que fue zanjada por el propio Freud cuando promovió, diré con mi estilo presentido, la *mystic pad* [pizarra mágica].^{xiii}

³⁹⁹Ciertamente, las dificultades de trabajo que tienen tanta importancia en la indicación del psicoanálisis, no son reavivadas para nada en el pase que produce al analista. Porque conciernen esencialmente a la relación con la verdad.

(Esta última palabra no es fácil de manejar, pero acaso se deba a que su sentido vacila el hecho de que su empleo esté correctamente reglado).

No estaría yo inserto en el discurso analítico si eludiese aquí la oportunidad de demostrar incluso lo que el discurso universitario conlleva.

Partamos del asombro.

Admitamos que sea correcto usar en bruto la fórmula de la metáfora, tal como la doy en mi escrito sobre Schreber (página 557 de los *Escritos*), a saber:

$$\frac{S}{S'} \cdot \frac{S'}{x} \rightarrow S \left(\frac{I}{S} \right) \quad (I)$$

Como muestra su continuación, este escrito está ahí para hacer surgir de él la función del significante Faló, como signo de la “pasión del significante”.^{xiv} Es lo que la *x*, que suele designar la variable, indica.

La fórmula originaria, original también, dada en “La instancia de la letra” (página 515), es:

$$f \left(\frac{S'}{S} \right) \quad S \equiv S (+) s.$$

que es comentada por el texto íntegro de este *Escrito* y no puede prestarse, cosa que nuestra L debería recordar, a la transcripción que se verá.

Me refiero a la que se efectúa a partir de... la analogía con un escrito de la proposición aritmética que hay que desnudar poniéndola en cifras: $\frac{1}{4} \cdot \frac{4}{16}$, lo cual da, en efecto, $1\left(\frac{1}{16}\right)$ (y aún es una casualidad).^{xv}

Pero que este $\frac{1}{16}$ pueda escribirse (no por casualidad): $\frac{1}{4}$, $\frac{16}{4}$,⁴⁰⁰ no es razón para transcribir la fórmula (I), con los acentos en las letras, del siguiente modo:

$$\frac{S'}{s}$$

$$\frac{S}{S}$$

Para decirlo todo, ¿qué tiene que ver la barra con la que Saussure inscribe la infranqueable relación del significante con el significado –en la que se me imputa (falsamente) que localizo la barrera entre el inconsciente y el preconscious– con la barra, sea cual fuere, con la que se indica la proporción euclidiana?

Un poco del tañido del diálogo que en junio de ese mismo año tuve con Perelman para refutar su concepción analógica de la metáfora (cf. las páginas 889-92 de mis *Escritos*), hubiera bastado para detener en esta pendiente a quien por ella se siente fascinado.

Lo fascina, pero ¿cómo? ¿Cuál es el término cuyos tres puntos suspensivos (que preceden más arriba a la palabra “analogía”) muestran que no sé a qué santo encomendarlo? ¿Cuál es la palabra que designa la similitud con la que se rige la manipulación de un ábaco por parte de un idiota?

Aquí no hay que titubear. Es a mi discurso que el autor apela para retomarlo a su modo, que no es el correcto, pues es el modo en el que el universitario me escucha y que es instructivo.

Debo decirlo: puse ingenuamente, en un momento difícil en el que desesperaba por el psicoanalista, alguna esperanza no en el discurso universitario, que no tenía aún modo de delimitar, sino en una especie de “opinión verdadera” que suponía en su cuerpo (¡Henorme!, hubiese dicho quien sabemos).^{xvi}

Vi a algunos miembros de este cuerpo atraídos por mi pastura. Esperaba su sufragio. Pero hicieron de ella ejercicios escolares.^{xvii}

Así, ¿qué es de mi L, todavía una pequeña L de polluelo?^{xviii} La vemos darse envergadura al imaginar esta fórmula: el inconsciente es la condición del lenguaje.

Eso corresponde a ala [L]: uno de mis fieles me asegura que entonces se expresó con esos fonemas.^{xix}

Ahora bien, lo que yo digo es que el lenguaje es la condición del inconsciente.

No es lo mismo. Es exactamente lo contrario. Pero, aun a pesar de ello, no puede decirse que no haya alguna relación.

⁴⁰¹Ala hubiese batido al afirmar que el inconsciente era la implicación lógica del lenguaje: en efecto, no hay inconsciente sin lenguaje. Esto hubiese podido abrirle paso hacia la raíz de la implicación y de la lógica misma.

Ala hubiese remontado el vuelo hasta el sujeto que mi saber supone.

Tal vez (¿quién sabe?), de esta manera, ala se me hubiese adelantado en aquello a lo que estoy llegando.

Ahí es adonde hubiese podido llevarla su S/S inferior, que, tal como ala, no puede querer decir sino que un significante vale lo que otro, desde el momento en el que ala, ya advertida de esto, admite que un significante es capaz de significarse a sí mismo.^{xx}

Porque de saber la diferencia que existe entre el uso formal del significante (anotado **S**) y su función natural (anotado S), hubiese aprehendido el rodeo que funda la lógica llamada matemática.

Pero como uno no puede redescubrirlo todo por sí solo, es a la pereza, lo insondable de los pecados con los que se edifica la Torre del Capital, a la que debe atribuirse su falta de información.

Para remediarla, que ala se haga la pregunta que surge en el punto que he alcanzado: a saber, ¿qué satisfacción se encuentra al urgir a la S, significante natural, a experimentar lo que una formalización cada vez más avanzada de su práctica permite descubrir en ella que es irreductible como lenguaje?

¿Podría ser esto lo que hace el nudo que hace que el saber no se separe del goce, pero que aun así sea el goce del Otro?

¡Ah! ¿Por qué se demora ala en lo que Freud designó para siempre como el narcisismo de la pequeña diferencia?

Pequeña, ya basta para que ella difiera del intervalo que separa la verdad del error.

Lo que Freud no parece haber sabido que podía agradecer, es que le debía a este narcisismo el ser Freud para siempre, es decir, durante toda su vida, y, más allá, para todo un círculo, el no poder dejar de ser citado como insuperable en lo que dice.

Porque tuvo la fortuna de no tener tras sus talones a la jauría universitaria.

Sólo lo que él llamaba su propia “banda”.

Esto le permite a la mía verificar simplemente su discurso.

Pero conmigo se comporta de forma extraña. Cuando, a partir de la estructura del lenguaje, formulo la metáfora para dar cuenta de lo que él llama condensación en el inconsciente, y la metonimia también para ⁴⁰²explicar el desplazamiento, se indignan porque no cito a Jakobson (cuyo nombre, además, mi banda no sospecharía... si yo no lo hubiese pronunciado).

Pero cuando se dan cuenta, al leerlo finalmente, de que la fórmula con la que articulo la metonimia difiere de la de Jakobson, a tal punto que éste hace depender el desplazamiento freudiano de la metáfora, entonces me lo reprochan como si yo se la hubiese atribuido a él.

En suma, se entretienen.

Cuando tengo que rendir cuentas, después de años de sueño (de sueño de los otros), de lo que dije en el barullo de Bonneval (renacer árbol y sobre mis brazos, todos los pájaros, todos los pájaros... ¿cómo sobrevivir a su cotorreo eterno?), no puedo sino recordar en un escrito (“Planteamiento del inconsciente”) que el objeto *a* es el pivote del que se desenrolla cada giro de frase en su metonimia.^{xxi}

¿Dónde situar este objeto *a*, el incorpóreo principal de los estoicos? ¿En el inconsciente, o bien en otro lugar? ¿Quién lo advierte?

Que este prefacio sirva de presagio a una persona que llegará lejos.

Al buen partido que ella sacó de las fuentes universitarias, le falta forzosamente lo que la tradición oral designará para el futuro: los textos fieles al saquearme, aunque no se dignen a devolverme lo arrebatado.

Su interés será transmitir literalmente lo que dije: tal como el ámbar que conserva la mosca para no saber nada de su vuelo.

Navidad de 1969

Notas del traductor

ⁱ [La tesis de Rifflet-Lemaire, referida en la nota anterior, está disponible en castellano como *Lacan*, trad. de Francisco J. Millet (Buenos Aires: Sudamericana, 1976).]

ⁱⁱ [Lacan se refiere aquí a la traducción y el comentario de “La función y el campo del habla y del lenguaje en el psicoanálisis” llevados a cabo por Anthony Wilden y publicados como *The Language of the Self* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1968).]

ⁱⁱⁱ [Lacan hace un juego de palabras con la homofonía entre “*mes deux L*” (en referencia a Leclaire y Laplanche) y *ailes* (alas), las cuales “batían sólo con una”; el ala que no batía alude a Laplanche, a quien Lacan critica por extenso más abajo. *Univers* (universo), sumado a *aile* (ala), es homófono a *universel* (universal).]

^{iv} [“Yo” es aquí en el resto del texto la traducción de *je*.]

^v [“Fantasma” es aquí la traducción de *fantôme*.]

^{vi} [*Après coup* (a posteriori) también podría traducirse por “después”, “con posterioridad” o “tras lo sucedido”.]

^{vii} [*Entu-ile* (entitu-lo) es un neologismo formado por la condensación de *en* (en), *tu* (tú) y *il* (él), asociado fonéticamente con *intituler* (intitular); la versión castellana podría descomponerse en “en”, “ti” y “tú”.]

^{viii} [*Soit à Tue et à Toit avec Lui* (tenga cercanía con ese Otro) es un neologismo construido sobre la base del giro *être à tu et à toi* (tener cercanía), cambiando *tu* por *Tue* (Mato) y *toi* por *Toit* (Techo).]

^{ix} [*Quand le rapport sur l'inconscient se place au marché parallèle* (cuando el informe sobre el inconsciente se coloca en el mercado paralelo) parece jugar con una metáfora financiera en virtud de la que podría traducirse por: “Cuando las utilidades del inconsciente se colocan en el mercado paralelo”. El “informe” al que se refiere Lacan, y cuya cuarta sección, escrita por Laplanche, es criticada en las siguientes páginas, es “L'inconscient, une étude psychanalytique”, presentado por Jean Laplanche y Serge Leclaire en el Coloquio de Bonneval organizado por Henri Ey en 1960, y publicado por primera vez en *Les Temps Modernes*, 183 (1961): 81-129, y luego en Henri Ey *et al.*, *Vième Colloque de Bonneval: l'Inconscient* (París: Declée de Brouwer, 1966), 159-170; en castellano hay dos versiones: “El inconsciente: un estudio psicoanalítico”, en *El inconsciente (Coloquio de Bonneval)*, trad. de Julieta Campos y Armado Suárez (México: Siglo XXI, 1970), 168-82, y en André Green *et al.*, *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*, trad. de José Szabón (Buenos Aires: Nueva Visión, 1976), 13-78.]

^x [*Ça* (eso) se refiere aquí al ello freudiano. Lacan juega aquí con el doble sentido de *le suprême*, que es “lo supremo” (lo más elevado) y también “la suprema” (un corte de carne).]

^{xi} [“Balintados” es una referencia al psicoanalista Michael Balint.]

^{xii} [“Fantasía” es aquí la traducción de *fantasme*.]

^{xiii} [“Apalabra” (*apparole*) traduce la condensación de *appareil* (aparato) y *parole* (palabra, habla). *Panier percé* (cesto perforado) también quiere decir “derrochador”.]

^{xiv} [“Escripto”, vocablo antiguo, traduce *scription*, neologismo inexistente en francés.]

^{xv} [Hemos reemplazado, en esta frase y la que sigue, la escritura de las fracciones que figura en *Otros escritos* por la forma original que Lacan les dio en la publicación original, ya que facilita la captación visual del argumento de Lacan.]

^{xvi} [*Hénaurme* (Henorme) es una grafía disparatada de *énorme* (enorme) acuñada por Flaubert.]

^{xvii} [*Copie* (ejercicios escolares) también quiere decir “copia”.]

^{xviii} [Lacan juega de nuevo aquí con la homofonía entre L y *aile* (ala).]

^{xix} [A lo largo de todo este pasaje, al igual que al principio del texto, la crítica de Lacan a L (ala) está dirigida en particular a Laplanche.]

^{xx} [*Tel qu'aile* (tal como ala) es homófono de *tel quel* (tal cual).]

^{xxi} [El árbol y los pájaros es una referencia a la imagen usada en el estudio de Laplanche y Leclaire.]